

Pero el doctor Porquier era hombre lleno de efusión, a quien no desanimaban los obstáculos.

—Espere usted? exclamó;—si usted me lo permite, señor cura, voy a dar la vuelta.

Y desapareció. El cura, sonriendo aún, se dirigió lentamente a la puertecilla que daba al callejón de las Chevillottes. El doctor daba ya en la madera discretos golpecitos.

—Es que esta puerta está condenada—murmuró el cura. — Uno de los clavos está roto... Si tuviéramos una herramienta, no sería difícil quitar el otro.

Miró en torno y vió una azada. Entonces, con pequeño esfuerzo, abrió la puerta, cuyos cerrojos había quitado. Después salió al callejón de las Chevillottes, en el que el doctor Porquier le llenó de amables frases. Cuando se paseaban charlando a lo largo del callejón, el señor Maffre, que se hallaba precisamente en el jardín del señor Rastoil, abrió por su lado la puertecilla oculta tras la casaca. Y los tres señores se rieron mucho al hallarse de aquel modo los tres en aquella calle desierta.

Allí permanecieron un instante. Cuando se despidieron del cura, el juez de paz y el doctor asomaron la cabeza al jardín de los Mouret, mirando con curiosidad en torno.

Entretanto Mouret, que ponía rodrigones a los tomates, les vió al levantar la vista. Se quedó mudo de sorpresa.

—¡Bueno ya están en mi casa!—refunfuñó.— ¡No falta más sino que el párroco traiga aquí a los dos bandos!

XIII

Sergio tenía entonces diez y nueve años. Ocupaba en el segundo piso una pequeña estancia en frente del cuarto del cura; en ella vivía casi encaustrado, leyendo mucho.

—Te voy a tirar al fuego todos los libros—le decía Mouret con cólera.—Verás cómo acabas por caer en cama.

En efecto, el joven era de un temperamento tan nervioso, que a la menor imprudencia tenía indisposiciones de niña, arrechuchos que le retenían en su habitación durante dos o tres días. Entonces Rosa le anegaba en tisanas, y cuando Mouret subía para sacudirle un poco, como decía él, si la cocinera estaba allí echaba fuera a su amo, chillándole:

—¡Deje usted en paz al niño! ¿No ve usted que le mata con sus brutalidades?... No tiene nada de usted, es el vivo retrato de su madre. No les comprenderá usted nunca, ni a uno ni a otra.

Sergio sonreía. Su padre, al verle tan delicado, titubeaba, desde su salida del colegio, no deci-

diéndose a enviarle a estudiar leyes a París. No quería oír hablar de las Facultades de provincia; París, según él, era necesario para un muchacho que quisiese hacer carrera. Tenía para sus hijos una gran ambición, diciendo que otros más tontos, sus primos, por ejemplo, habían hecho una bonita carrera. Cada vez que el muchacho le parecía saludable, fijaba su partida para los primeros días del mes siguiente; después, la maleta no estaba hecha nunca, el joven tosía un poco, y la marcha se posponía de nuevo.

Marta, con su indiferente dulzura, se contentaba con decir a media voz:

—No tiene veinte años todavía. No es muy prudente enviar a París a un chico tan joven... Además, aquí no pierde el tiempo. Tú mismo dices que trabaja demasiado.

Sergio acompañaba a su madre a misa. Era de espíritu religioso, muy tierno y muy grave. Habiéndole recomendado el doctor Porquier mucho ejercicio, le había entrado pasión por la botánica, haciendo excursiones, y pasaba después las tardes, sacando las yerbas que había cogido, pegándolas, clasificándolas y poniéndoles letreros. Entonces fué cuando el Padre Faujas se hizo gran amigo suyo. El cura había herborizado en otro tiempo, y le dió ciertos consejos prácticos a los que el joven se mostró agradecidísimo. Le prestaron algunos libros, y fueron un día juntos en busca de una planta que según el cura debía de crecer en el país. Cuando Sergio estaba malo, recibía cada mañana la visita de su vecino, que le hablaba largamente a la cabecera de la cama. Los demás días, cuando se levantaba, él era el que llamaba suavemente a la puerta del Padre Faujas,

en cuanto le oía andar por la habitación. No les separaba más que el estrecho rellano, y acababan por vivir el uno en casa del otro.

A veces Mouret se encolerizaba aún, a pesar de la impasible tranquilidad de Marta y de los ojos irritados de Rosa.

—¿Qué demonios hace arriba ese chiquillo?— refunfuñaba.—Me paso días enteros sin verle siquiera... Ya no sale de casa del cura; siempre están charlando por los rincones... Bueno; ahora lo voy a enviar a París; ya está fuerte como un turco. Todos esos arrechuchos son gachas para hacer que le mimen. Es inútil que me miréis las dos, no quiero que el cura me lo haga santurrón.

Entonces espío a su hijo. Cuando le creía en casa del cura, le llamaba con rudeza.

—¡Preferiría que se fuera con mujeres!—gritó un día, exasperado.

—¡Oh, señor!—dijo Rosa. — Son abominables esas ideas.

—¡Sí, con mujeres! ¡Y yo mismo le llevaré, si me ponéis en el disparador con vuestra clerigalla!

Como era natural, Sergio formó parte del Círculo de la Juventud. Iba poco, por otra parte, pues prefería la soledad. Sin la presencia del Padre Faujas, con el cual se encontraba a veces, sin duda no habría puesto nunca los pies en él. El Padre, en el salón de lectura, le enseñó a jugar al ajedrez. Mouret, que supo que "el pequeño" se encontraba con el párroco hasta en el café, juró que le llevaría al tren el siguiente lunes. La maleta estaba hecha, y aquella vez en serio, cuando Sergio, que había querido pasar en pleno campo la última mañana, volvió empapado por un chubasco repentino. Tuvo que meterse en cama, tiri-

tando de fiebre. Por espacio de tres semanas, estuvo entre la vida y la muerte. La convalecencia duró dos meses largos. En los primeros días, sobre todo, estaba tan débil, que permanecía con la cabeza apoyada en las almohadas, y con los brazos extendidos, semejante a una figura de cera.

—Usted tiene la culpa, señor—gritaba la cocinera a Mouret.—Si el niño se muere, tendrá usted eso sobre la conciencia.

Mientras su hijo estuvo en peligro, Mouret, sombrío, con los ojos encarnados por las lágrimas, vagó silenciosamente por la casa. Raras veces subía, pateando en el vestíbulo y esperando la salida del médico. Cuando supo que Sergio se había salvado, se coló en la alcoba, ofreciendo sus servicios. Pero Rosa lo puso en la puerta. No le necesitaba; el niño no estaba aún lo bastante fuerte para soportar sus brutalidades; haría mejor en irse a sus asuntos, en vez de estar allí estorbando. Entonces Mouret se quedó solo en el patio, más triste y más ocioso; no tenía gusto para nada—decía. Cuando atravesaba el vestíbulo, oía con frecuencia, en el segundo, la voz del Padre Faujas, que pasaba tardes enteras a la cabecera del convaleciente Sergio.

—¿Cómo va hoy, señor cura?—preguntábale Mouret tímidamente, cuando el párroco bajaba por el jardín.

—Bastante bien; será largo; necesita muchos cuidados.

Y leía tranquilamente su breviario, en tanto que el padre, con una regadera en la mano, seguía sus pasos, tratando de reanudar la conversación, para tener noticias más detalladas del "pequeño". Cuando adelantó la convalecencia, observó Mouret que

el cura no abandonaba la alcoba de Sergio. Habiendo subido varias veces, cuando no esaban allí las mujeres, siempre le había encontrado sentado junto al joven hablando con él dulcemente, pres-tándole los pequeños servicios de azucararle la tisana, de arreglarle los cobertores, de darle los objetos que deseaba. Y en toda la casa reinaba un suave murmullo de palabras cambiadas en voz baja entre Marta y Rosa, un recogimiento especial que transformaba el segundo piso en un rincón de convento. Mouret sentía como un olor a incienso en su casa; parecíale, a veces, por el balbuceo de las voces, que allá arriba decían misa.

—¿Qué estarán haciendo?—pensaba.—El pequeño se ha salvado; no le dan la extremaunción.

También Sergio le inquietaba. Parecía una muchacha, entre las blancas sábanas. Sus ojos se le habían agrandado; su sonrisa era un dulce éxtasis de los labios, que conservaba aún en medio de los más crueles padecimientos. Mouret no se atrevía ya a hablar de París; tan femenino y púdico le parecía su querido enfermo.

Una tarde, había subido ahogando el ruido de sus pasos. Por la entornada puerta, vió a Sergio al sol, en un sillón. El joven lloraba, con los ojos clavados en el cielo, y su madre, delante de él, sollozaba también. Ambos se volvieron, al oír el ruido de la puerta, sin limpiarse las lágrimas.

—Padre mío—dijo Sergio,—tengo que pedirle a usted un favor. Mamá supone que se incomodará usted, negándome una autorización que me llenaría de júbilo... Quisiera entrar en el seminario.

—¡Tú! ¡Tú!—balbuceó Mouret.

Y miró a Marta que volvía la cabeza. No añadió nada, fué a la ventana y volvió a sentarse a

los pies de la cama, maquinalmente, como agobiado bajo el golpe.

—Padre mío—continuó Sergio al cabo de una larga pausa,—he visto a Dios, tan cerca de la muerte, y he jurado ser suyo. Le aseguro a usted que mi alegría está ahí. Créame usted, no me desconsuele.

Mouret, con el rostro sombrío, clavados los ojos en el suelo, seguía sin pronunciar una palabra. Hizo un gesto de supremo desaliento, diciendo a media voz:

—Si tuviera tanto así de valor, metería dos camisas en un pañuelo y me iría.

Después se levantó y fué a golpear los cristales con las yemas de los dedos. Cuando Sergio quiso implorarle de nuevo:

—No, no; estoy conforme—dijo sencillamente. —Hazte cura, hijo mío.

Y salió. Al día siguiente, sin decir nada a nadie, partió para Marsella, en donde pasó ocho días con su hijo Octavio. Pero volvió preocupado, envejecido. Octavio le proporcionaba pocos consuelos. Le había hallado llevando vida alegre, acribillado de deudas, escondiendo queridas en los armarios; por otra parte, Mouret no despegó los labios sobre estas cosas. Se tornaba por completo sedentario; no daba ya ninguno de sus buenos golpes, aquellas compras de cosechas de que tanto se vanagloriaba en otro tiempo. Rosa observó que adoptaba un silencio casi absoluto, y que hasta esquivaba el saludar al Padre Faujas.

—¿Sabe usted que es muy poco fino?—le dijo un día atrevidamente.—Acaba de pasar el señor cura, y le ha vuelto usted la espalda... Si lo hace usted por lo del niño, no tiene usted razón. El

señor cura no quería que entrase en el seminario; bastante le sermoneó sobre ello; yo lo oí... ¡Está la casa alegre ahora, como hay Dios! Ya no habla usted, ni con la señora siquiera; cuando se sienta usted a la mesa, lleva usted la cara de entierro... Yo comienzo ya hartarme, señor.

Mouret salía de la habitación, pero la cocinera le perseguía hasta el jardín.

—¿No debería usted alegrarse de ver en pie al niño? El querubín se comió ayer una costilla, y con muy buen apetito... ¿A usted le importa poco, verdad? Quería usted hacerlo ateo como usted... Usted necesita muchas oraciones, y Dios quiera que todos nos salvemos. Yo de usted lloraría de alegría, al pensar que ese pobre corazoncito va a rezar por mí... Pero usted es de piedra, señor... ¡Y qué guapo estará el niño con la sotana!

Entonces Mouret subía al primer piso. Allí se encerraba en su habitación, que llamaba su despacho, una habitación grande y desahajada, con sólo una mesa y dos sillas. Aquella pieza fué su refugio, en las horas en que la cocinera le perseguía. Se aburría y bajaba al jardín, que cultivaba con solicitud mayor. Marta no parecía percatarse del mal humor de su marido; éste estaba a veces una semana silencioso, sin que su esposa se apurara ni enojara. Cada día se desligaba más de lo que la rodeaba; llegó a creer—tan apacible le pareció la casa cuando ya no oyó a todas horas la regañona voz de Mouret—que éste había entrado en razón, que, como ella, se había formado un rincón de dicha. Esto la tranquilizó, la autorizó para hundirse más y más en su sueño. Cuando Mouret la miraba, con los ojos turbios, sin conocerla ya, Marta le sonreía, y no veía las lágrimas que le henchían los párpados.

El día en que Sergio, completamente curado, entró en el seminario, Mouret se quedó solo en la casa con Deseada. Ahora se cuidaba de ella con frecuencia. Aquella niña grande, que iba a cumplir diez y seis, hubiera podido caerse en la fuente, o pegar fuego a la casa jugando con los fósforos, como una mocosa de seis años. Cuando Marta volvió, encontró las puertas abiertas, las habitaciones vacías. La casa le pareció completamente desnuda. Bajó a la terraza, y vió, en el fondo del jardín, a su marido, que jugaba con la muchacha. Se había sentado en el suelo, sobre la arena, y, con ayuda de una palita, de madera, llenaba gravemente un carro que Deseada tenía cogido por un cordel.

—¡Hala! ¡Hala!—gritaba la niña.

—Espérate... —decía pacientemente el buen hombre.—No está lleno aún... Puesto que quieres hacer el caballo, hay que esperar a que esté lleno.

Entonces, Deseada dió pataditas, haciendo el caballo que se impacienta; después, sin poder estarse quieta, salió corriendo, riéndose a carcajadas. El carrito saltaba, se vaciaba. Cuando hubo dado la vuelta al jardín, se acercó a su padre, gritando:

—¡Llénalo, llénalo otra vez!

Mouret lo llenó de nuevo, a pequeñas paletadas. Marta se había quedado en la terraza mirando, emocionada; aquellas puertas abiertas, aquel hombre jugando con aquella niña, en el fondo de la casa vacía, la entristecían, sin que tuviera clara conciencia de lo que en su interior pasaba. Subió a desnudarse, oyendo a Rosa, que también había entrado y que decía desde lo alto de la escalinata:

—¡Dios mío! ¡Qué tonto es el señor!

Según la frase de sus amigos de la Carrera Sauvaire, pequeños rentistas con los que pasaba un rato cada día, Mouret "estaba tocado". Sus cabellos habían encanecido en pocos meses; le vacilaban las piernas, y ya no era el terrible burlón a quien temía toda la ciudad. Por un instante se creyó que se había lanzado a peligrosas especulaciones y que sufría alguna gran pérdida de dinero.

Madame Paloque, de pechos en la ventana de su comedor, que daba a la calle Balande, decía también que Mouret estaba alicaído, cada vez que le veía salir. Y si algunos minutos más tarde atravesaba la calle el Padre Faujas, la señora se complacía exclamando, sobre todo cuando tenía gente en casa:

—Miren ustedes al párroco, ¡ese sí que engordal! Si comiera en el mismo plato que el señor Moret, se diría que no le deja más que los huesos.

Se reía y los demás le hacían coro. El Padre Faujas, en efecto, se ponía soberbio; enguantado siempre de negro, la sotana reluciente. Tenía una sonrisa particular, un pliegue irónico de los labios, cuando madame de Condamin le felicitaba por su buen aspecto. Aquellas señoras le querían bien presentado, vestido con elegancia y coquetería. Y él debía de soñar la lucha a puñetazo limpio, con los brazos desnudos, sin acordarse del traje. Pero cuando se descuidaba, el menor reproche de la vieja madame Rougon le sacaba de su desidia; sonreía, e iba a comprarse medias de seda, un sombrero, una faja nueva; destrozaba mucho; su gran corpachón todo lo deslucía.

Desde la fundación de la obra de la Virgen, todas las mujeres estaban por él; ellas le defen-

dían de los chismes que todavía corrían a veces, sin que se pudiera adivinar claramente su origen. Las señoras le encontraban a ratos un tanto brusco; pero su brutalidad no las desagradaba, sobre todo en el confesonario, en donde las gustaba sentir caer sobre ellas aquella férrea mano.

—Querida—dijo un día madame de Condamin a Marta.—Ayer me regañó. Creo que me habría pegado a no haber una tabla entre nosotros... ¡Ah! no siempre es cómodo...

Y soltó una risita, gozando aún por aquella riña con su director. Hay que decir que madame de Condamin había creído observar la palidez de Marta cuando le decía ciertas confidencias respecto al modo cómo la confesaba el Padre Faujas; adivinaba sus celos, y sentía un placer perverso al torturarla, redoblando la relación de detalles íntimos.

Cuando el Padre Faujas hubo creado el Círculo de la Juventud se tornó un buen muchacho; fué como una nueva encarnación; bajo el esfuerzo de su voluntad, su severo temperamento se doblegaba como blanda cera. Dejó contar la parte que había tomado en la apertura del Círculo; se hizo amigo de todos los jóvenes de la ciudad, sabedor de que los colegiales escapados no gustan de las brutalidades como las mujeres. Estuvo a punto de incomodarse con el hijo de Rastoil, a quien amenazó con tirarle las orejas, con motivo de un altercado sobre el reglamento interior del Círculo; pero con sorprendente dominio de sí mismo, le tendió la mano casi al punto, humillándole, y poniendo de su parte a todos los concurrentes por su buena gracia al ofrecer excusas a "aquel majadero de Severino" como le llamaban.

Si el cura había conquistado a las mujeres y a los niños, con los padres y los maridos estaba en actitud de simple cortesía. Los personajes graves continuaban desconfiando de él, al verle apartado de todo grupo político. En la subprefectura, el señor Péqueur des Saulaies le discutía vivamente, en tanto que el señor Delangre, sin defenderle a las claras, decía sonriendo astutamente que había llegado a ser un tema de perturbaciones domésticas. Severino y su madre no cesaban de aburrir al presidente con los elogios del cura.

—¡Bueno, bueno! Tiene todas las virtudes que queráis—exclamaba el desgraciado.—Estoy conforme; dejadme en paz. Yo hice que le invitaran a comer, y no ha venido. Creo que no es cosa de que le coja de un brazo para traerle.

—Pero—decía madame Rastoil,—¡si apenas le saludas cuando le ves! Eso será lo que le haya picado.

—Sin duda—añadía Severino.—Bien ve que no está usted con él como debiera.

El señor Rastoil se encogía de hombros. Cuando el señor de Bourdeu estaba presente, ambos acusaban al Padre Faujas de inclinarse a la subprefectura. Madame Rastoil observaba que no comía allí y que ni siquiera había puesto los pies en la casa.

—Cierto—decía el presidente.—Yo no le acuso de ser bonapartista. Digo que se inclina y nada más. Ha tenido relaciones con el señor Delangre.

—¡Oh! Y usted también—exclamaba Severino,—ha tenido relaciones con el alcalde... En ciertas circunstancias es preciso... Diga usted que no puede ver al Padre Faujas, y será mejor.

Y todo el mundo ponía hocicos en casa de Ras-

toil durante días enteros. El Padre Fénil no iba ya sino raras veces, pretextando que la gota le retenía en casa. Por otra parte, ya en dos ocasiones en que no había tenido más remedio que dar su opinión sobre el párroco de San Saturnino, le había elogiado en pocas palabras. El Padre Surin y el Padre Bourrette, lo mismo que el señor Maffre, eran siempre del parecer de la señora de la casa. La oposición, pues, provenía sólo del presidente, apoyado por el señor Bourdeu; ambos declaraban gravemente que no podían comprometer su situación política acogiendo a un hombre que ocultaba sus opiniones.

Severino, por ganas de molestar, dió entonces en ir a llamar a la puertecita del callejón de las Chevillottes cuando quería decir algo al cura. Poco a poco el callejón se convirtió en terreno neutral. El Doctor Porquier, que había sido el primero en valerse de aquel camino, el hijo de Delangre, el Juez de paz, indistintamente iban allí a hablar con el Padre Faujas. A veces una tarde entera estaban abiertas de par en par las puertas traseras de los dos jardines, así como la puerta cochera de la subprefectura. El cura estaba allí, en el fondo de aquel callejón, apoyado en la pared, sonriendo, dando apretones de manos a las personas de las dos tertulias que querían ir a saludarle. Pero el señor Péqueur de Saulaies afectaba no querer poner los pies fuera del jardín de la subprefectura; en tanto que el señor Rastoil y el señor de Bourdeu se obstinaban también en no exhibirse en el callejón, y permanecían sentados bajo los árboles, delante de la cascada. Muy rara vez la pequeña corte del cura invadía la glorieta de los Mouret. Sólo de cuando en cuando se asomaba una cabeza, echaba una mirada y desaparecía.

Por otra parte, el Padre Faujas no estaba cohibido; no vigilaba con cierta inquietud más que la ventana de los Trouche, en donde a todas horas relucían los ojos de Olimpia. Los Trouche estaban allí en emboscada, detrás de las cortinas rojas, roídos por un deseo rabioso de bajar también, de probar las frutas, de hablar con la buena sociedad. Abrían las persianas y se asomaban un instante, retirándose furiosos ante las dominantes miradas del cura; después volvían con paso de lobo, a pegar sus lívidos rostros a uná esquina de los vidrios, espiondo cada movimiento del Padre Faujas, torturados por verle gozar tan a sus anchas de aquel paraíso que les prohibía.

—¡Es demasiado!—dijo un día Olimpia a su marido.—Si pudiera nos metería en un armario... Vamos a bajar, si quieres. Veremos lo que dice.

Trouche acababa de volver de la oficina. Se cambió el cuello, y quitó el polvo a sus zapatos, pues quería parecer bien. Olimpia se puso un traje claro. Después bajaron audazmente al jardín, andando despacito a lo largo de los grandes bojés, deteniéndose delante de las flores. En aquel momento el Padre Faujas estaba vuelto de espaldas, hablando con el señor Maffre en el umbral de la puertecilla del callejón. Cuando oyó el ruido de la arena, los Trouché estaban ya detrás de él, en la glorieta. Se volvió, y se paró en seco en medio de una frase, estupefacto al encontrarles allí. El señor Maffre, que no les conocía, les miraba con curiosidad.

—¡Qué tiempo tan hermoso! ¿Verdad, señores?—dijo Olimpia, que había palidecido bajo la mirada de su hermano.

Este arastró bruscamente al juez de paz hacia el callejón, en donde se desembarazó de él.

—Está furioso—refunfuñó Olimpia.—Peor para él, porque... nos quedamos. Si subimos creará que tenemos miedo... Ya no puedo más; vas a ver cómo le hablo.

E hizo sentar a Trouche en una de las sillas que había llevado Rosa unos momentos antes. Cuando el cura volvió a entrar, los vió instalados muy tranquilamente. Echó los cerrojos de la puertecilla, y se cercioró de una ojeada de que las hojas les ocultaban lo suficiente; después, acercándose y con ahogada voz:

—Olvidáis lo convenido—dijo.—Me prometisteis no salir de casa.

—Hace demasiado calor arriba—respondió Olimpia.—No cometemos ningún crimen al venir aquí a tomar el fresco.

El cura iba a montar en cólera; pero su hermana, lívida por el esfuerzo que hacía al plantarle cara, añadió con singular acento:

—No grites: hay gente al lado, y podrías perjudicarte a ti mismo.

Los Trouche soltaron una risita. El cura la miró y se llevó la mano a la frente, con ademán silencioso y terrible.

—Siéntate—dijo Olimpia.—Quieres una explicación, ¿no es cierto? Bueno, pues voy a dártela... Estamos cansados de estar entre cuatro paredes. Tú vives aquí como el pez en el agua; la casa es tuya, el jardín es tuyo. Mejor que mejor, porque nos alegramos de que te vayan bien los asuntos; pero no por eso has de tratarnos como a unos porcos; nunca has tenido la atención de subirnos

un racimo de uvas; nos has dado la habitación más fea; nos escondes, te avergüenzas de nosotros, como si estuviéramos apestados... Ya comprendes que esta situación no puede continuar.

—Yo no soy el amo—dijo el Padre Faujas.—Si queréis devastar la finca, dirigíos al señor Mouret.

Los Trouche cambiaron una nueva sonrisa.

—No te preguntamos interioridades—prosiguió Olimpia.—Sabemos lo que necesitamos saber, y basta... Todo esto lo que prueba es que tienes mal corazón. ¿Crees tú que si nosotros estuviéramos en tu lugar, no te diríamos que tomaras tu parte?

—Pero, en resumidas cuentas, ¿qué queréis de mí?—preguntó el cura.—¿Acaso os figuráis que estoy nadando en oro? Ya habéis visto mi cuarto, que está tan mal amueblado como el vuestro. No puedo daros esta casa, que no me pertenece.

Olimpia se encogió de hombros; hizo callar a su marido, que iba a responder, y tranquilamente dijo:

—Cada cual entiende la vida a su modo. Aunque tuvieras millones no comprarías tú una bata para echarte de la cama; te gastarías el dinero en cualquier gran negocio tonto. Nosotros queremos vivir a gusto en nuestra casa... Atrévete a decir que si quisieras los más hermosos muebles de la casa, y las ropas y las provisiones, todo, no lo tendrías esta misma noche. Pues bueno; en esta situación, un hermano bueno habría pensado ya en sus parientes, y no los dejaría en el fango, como haces tú.

El Padre Faujas miró profundamente a los Trouche. Los dos se balanceaban en sus sillas.

—Sois unos ingratos—les dijo al cabo de un silencio.—Ya he hecho mucho por vosotros. Si

hoy tenéis pan que comer, me lo debéis a mí; porque conservo aún tus cartas, Olimpia, las cartas en que me suplicabas que os salvara de la miseria, haciéndoos venir a Plassans. Ahora que estáis a mi lado, con la vida asegurada, me venis con nuevas exigencias...

—¡Bah!—interrumpió brutalmente Trouche.—Si nos ha hecho usted venir, ha sido porque nos necesitaba... Yo no creo en los buenos sentimientos de nadie... Hasta ahora he dejado hablar a mi mujer, pero las mujeres no llegan nunca al grano... En dos palabras, mi querido amigo; hace usted mal en tenernos enjaulados, como perros fieles a quienes sólo se saca en los días de peligro. Nos aburrirnos, y acabaremos por hacer cualquier majadería. ¡Déjenos usted un poco de libertad, qué demonio! Pues que la casa no es de usted y que usted desdeña el regalo, ¿qué puede importarle que nosotros nos instalemos a nuestro antojo? ¡Me parece que no nos comeremos las paredes!

—Sin duda—remachó Olimpia.—Siempre bajo llave, acaba uno por volverse rabioso. Seremos muy buenos para ti. Ya sabes que mi marido sólo espera una señal... Sigue tu camino y cuenta con nosotros; pero queremos nuestra parte... ¿Conformes, verdad?

El Padre Faujas había bajado la cabeza, y se quedó un momento silencioso; después, levantándose:

—Escuchad—dijo sin responder directamente.—El día que lleguéis a ser un estorbo para mí, os juro que os envío a reventar en un rincón, sobre un montón de paja.

Y subió al segundo, dejándolos en la glorieta.

A partir de aquel momento, los Trouche bajaron casi diariamente al jardín; pero lo hacían con cierta discreción, y procurando no hallarse en él a las horas en que el cura hablaba con los contertulios de las casas vecinas.

A la semana siguiente, se quejó Olimpia del cuarto que ocupaban de tal manera, que Marta, complaciente, le ofreció el de Sergio, que había quedado libre. Los Trouche conservaron las dos habitaciones. Durmieron en la antigua alcoba del joven, de la que no se quitó un solo mueble, y convirtieron la otra en una especie de salón, para el cual Rosa les encontró en el granero un antiguo mobiliario de terciopelo. Olimpia, entusiasmada, se mandó hacer una bata de color de rosa en casa de la mejor modista de Plassans.

Mouret, olvidando una noche que Marta le había pedido que prestase el cuarto de Sergio, se vió sorprendido al encontrar en él a los Trouche. Subía en busca de un cuchillo que el joven debía de haber dejado en el fondo de algún cajón. Con aquel cuchillo, precisamente, estaba Trouche cortando un bastón de una rama de peral que acababa de arrancar del jardín. Entonces Mouret volvió a bajar, pidiendo mil perdones.

FIN DEL PRIMER TOMO